

vez destruida? ¿Dónde la sociedad antigua después que el cristianismo trajo su espíritu humano y los bárbaros trajeron su espíritu individualista á la nueva sociedad? ¿Qué restauración ha sido idéntica á la forma social que ha creído renovar? ¿Y qué restauración reaccionaria no ha precipitado el triunfo de las nuevas ideas que se proponía extinguir? Y lo que decimos de la extinción de las antiguas formas sociales, decimos de la simultánea aparición de las nuevas formas sociales por todas las zonas sujetas á una misma cultura. Los pueblos en la Edad Media no tenían las relaciones que hoy. Muchos de ellos apenas se conocían, ó se conocían por la guerra que sólo engendra odios. Los pensadores vivían y morían á la sombra del claustro, y la falta de imprenta incomunicaba las inteligencias. Mas, á pesar de todas estas desventajas, la aparición de los grandes fenómenos sociales eran simultáneos casi en su desgarrado seno. Durante el siglo x, el terror teocrático sobrecoge y paraliza á todos los pueblos europeos; durante el siglo xi, sobre la tierra humedecida de sangre y bajo el ala de la Iglesia, van dibujándose los borradores de las futuras nacionalidades. En el siglo xii á un tiempo brota el inquieto espíritu que lleva los pueblos á las cruzadas, y de las cruzadas brotan las comunidades civiles, y de las comunidades civiles las raíces de las democracias. En el siglo xiii empieza el quebrantamiento del feudalismo y de la teocracia simultáneamente; y llegan á verse asaltados en el siglo xiv simultáneamente también, el feudalismo por los reyes; la teocracia por los cismas y los concilios. Pues si esto ha sucedido en siglos más atrasados, ¿no sucederá en nuestro siglo, que las ideas republicanas, formuladas por todas

las inteligencias superiores, se encarnen y se organicen y se difundan en las diversas latitudes adonde alcance este espíritu de nuestra civilización, que es y no puede menos de ser, esencialmente democrático?

Los hechos capitales históricos determinan la vida de una época, y son como el germen de larga serie de evoluciones sociales. Al caer Troya se forma el mundo griego; al caer Tiro bajo Alejandro, el espíritu griego penetra en el Oriente; al fundarse Alejandría, las tres corrientes del espíritu antiguo encuentran como un centro común; al caer Jerusalén bajo Tito, el cristianismo se difunde; al caer Roma bajo Alarico, se desarrolla el individualismo germánico; al caer Constantinopla bajo los turcos, el Renacimiento comienza: Guttenberg crea el nuevo órgano de las ideas, Rafael y Vinci el nuevo arte, Lutero la nueva conciencia, Copérnico el nuevo cielo, Colón la nueva tierra. Pues bien, así que el santuario de la antigua monarquía, Versalles, cae asaltado por los pueblos, que invisibles ideas agitan y encrespan, y llevan hasta desacatar la autoridad real, hasta arrojarla desde el trono al cadalso, el movimiento republicano de Europa, movimiento con varias y encontradas determinaciones, con diversos y opuestos aspectos, con puntos de detención y aún de retroceso, sigue y sigue, ya oculta, ya manifiestamente, unas veces en la ciencia, otras en la realidad, ya tumultuoso, ya ordenado, comenzando por convertir las monarquías absolutas en monarquías constitucionales, hasta que concluya por convertir las monarquías constitucionales en repúblicas democráticas. Nadie podrá impedirlo, nadie. Lo pide la razón; y lo impone la Providencia.

CAPITULO III.

DEL CARÁCTER REPUBLICANO DE FRANCIA.

Por su espíritu militar, por su administración centralizada, por las históricas oposiciones á los grandes señores que mil veces quisieron desmembrarla, era Francia una nación esencialmente monárquica, y podía llamársela fundamentalmente la nación por excelencia de la monarquía. En el tiempo en que la monarquía de España declinaba, y se suspendía institución tan poderosa en Inglaterra, llegaba á su apogeo en Francia bajo el nombre ilustre de Luis XIV. Y esta nación, sin salir de la forma monárquica, desenvainaba su espada al siglo siguiente de Luis XIV, en compañía de la España absolutista, á favor de la democracia universal, á favor de la democracia americana. Y llamo á la democracia americana la democracia universal, porque todos los movimientos democráticos anteriores al movimiento de los Estados-Unidos tuvieron objeto nacional. Lo tuvo el movimiento de Suiza contra Austria; lo tuvo el movimiento de Holanda contra España; lo tuvo el movimiento de Inglaterra contra el vergonzoso protectorado de Francia; pero el movimiento de América no fué sólo

contra Inglaterra, fué un movimiento más íntimo y más humano: proclamó los principios democráticos, los derechos fundamentales, como independientes de toda circunstancia histórica, como desligados de todo accidente geográfico, y declaró su universalidad. Y al empaparse Francia, la nación más monárquica de Europa, en este sentido profundamente democrático, no sólo puso á servicio de la democracia sus inmensas fuerzas militares, su vasto y autoritario organismo, sino que, nación medio germánica, medio latina, árbitra durante mucho tiempo de la larga lucha entre los pueblos católicos y los pueblos protestantes; centro geográfico de Europa; su verbo, porque, ya á la sazón, habíase difundido la lengua francesa entre las clases ilustradas; tenía, como ningún otro pueblo, aptitudes providenciales para la difusión de las ideas republicanas por el mundo, abierto á los rayos luminosos de su espíritu.

Podrán echársele en cara á Francia, como algunos escritores germanos, vacilaciones entre el espíritu alemán y el espíritu latino; in-

credulidad religiosa al punto de pasar desde la mogigatería borbónica á la duda volteriana, desde la duda volteriana al deísmo robespierista, y desde el deísmo robespierista al concordato napoleónico; podrán echársele en cara cambios bruscos del absolutismo á la anarquía y de la anarquía al absolutismo; excesos de libertades reprimidos por excesos de dictaduras; tendencias á la igualdad, que se resuelven siempre en romano cesarismo y en oligarquías burocráticas; proclamacion de principios humanitarios y procedimientos de terror, de guerra, de matanza; podrán echársele en cara estos y otros defectos, mucho más hoy que es de moda insultar á Francia humillada y vencida; pero el género humano será de negra ingratitud miserable reo, si olvida que todas las ideas modernas se democratizaron y se difundieron por el tribunalado, por el apostolado de Francia, por su genio propagador y cosmopolita; que ella democratizó y difundió el protestantismo con el genio de Calvino; que ella democratizó y difundió la filosofía con la pluma de Voltaire; que ella democratizó y difundió la revolucion moderna con la palabra de Mirabeau y de Danton; que ella, esa Francia tan calumniada, tiene aún el privilegio de agolpar en momentos supremos y críticos á su cerebro la idea, y á su corazon la sangre de toda la humanidad.

Cuántas veces la reaccion, sin embargo, monárquica se ha levantado en su seno. Cuántas veces la reaccion monárquica ha querido enlazarse, unirse con sus ideas generosas, caber, digámoslo así, dentro de su gran corazon. La monarquía antigua, despues de haberse largo tiempo resistido á tanta humillacion, aceptó la obra de la Constituyente como un pacto entre el trono histórico y el pueblo emancipado. Pero Francia rompió este pacto. La monarquía militar, levantada sobre las bayonetas de Marengo y de Arcole, quiso ser el cetro y la espada de la democracia. Pero la derrota rompió ese encanto, y Francia, aún bajo la planta de los aliados, recordó que sus sentimiento eran

sentimientos republicanos. En vano la monarquía de los Borbones intentó seducirla con las apariencias de la antigua tradicion y de la antigua gloria; en vano las ideas y los intereses orleanistas que eran ideas é intereses de las clases medias, ciñéronse una corona y llamáronse la mejor de las Repúblicas; en vano el tercero y último Napoleon se dijo el representante de los principios revolucionarios, el jefe de la plebe, el magistrado del sufragio popular, el tutor del trabajo, el César del socialismo; en vano tanto esfuerzo: el genio francés, á pesar de sus largos eclipses, ha permanecido incontrastablemente fiel á la democracia republicana.

Y no podemos desconocerlo ni negarlo: tiene la idea republicana en Francia muchos matices y pertenecen sus partidarios á muchas sectas. Pero esta verdad, que á los ánimos apocados aflige, debe fortalecer á los ánimos conoedores de que solamente en la República puede estallar la rica variedad de la vida humana. ¿Echaríamos en cara á los espacios el que en su inmensidad quepan todos los mundos? ¿Tendremos por un defecto de la República el que en sus instituciones puedan todas las ideas desarrollarse? No hay idea alguna que no aspire á la mayor suma de libertad posible para difundirse en virtud de la propaganda y realizarse en poderosas organizaciones por medio de la asociacion. Y si no hay idea que no aspire á la mayor suma de libertad, no hay forma de gobierno que pueda resistir sin quebrarse el calor de la libertad, como la forma republicana. Por eso todo el movimiento de las ideas modernas se ha encauzado en Francia necesariamente dentro de la República, natural organismo de nuestro espíritu.

Mucho se ha criticado á los hombres denominados del cuatro de Setiembre, porque recibida la noticia de irreparables desastres, prisionero el emperador, reciente la rota de Sedan, el nuevo Waterlloo, proclamaron la República, en medio de una revolucion. Pero

quien así discurre, desconoce, lo mismo el movimiento de las ideas que el movimiento de los hechos. Para nadie era un misterio que no podia perder Napoleon una sola batalla sin perder al mismo tiempo su corona. Para nadie era un misterio que no podia derrumbarse el trono de Napoleon sin ser inmediatamente sustituido por la República. Estaban de tal manera impresas en el sentimiento universal estas creencias, que á un dia fijo, á una hora por nadie señalada ni convenida, como si el viento que venia del Este, trajese disuelta la idea y se la comunicase á las ciudades de Francia, levantáronse todas, Marsella, Burdeos, Lyon, Nantes, á destituir el imperio y proclamar la República. Desde entónces, desde aquel momento, podrán los monárquicos de todos los matices intrigar en los palacios, conspirar en los conciliábulos para rehacer la monarquía; mas las clases verdaderamente productoras y mercantiles que gustan de la estabilidad social y del orden que la estabilidad social engendra, sostienen como un hecho, pero como un hecho ya definitivo é inmutable, la victoria de la República.

Es verdad que este hecho no fuera ni tan necesario ni tan universal sino lo produjese la idea que es la vida y el alma de los hechos. El pensar parece una operacion abstracta, propia del espíritu recludo en su impalpable y etérea esencia. Un pensamiento pasa á los ojos vulgares ó inadvertido ó fugaz, como esos aereolitos, que cruzan por el cielo de nuestras noches serenas. Y sin embargo, la idea es en la sociedad como la savia en la vegetacion, como el oxígeno en el aire, como la luz en el universo, como el calor en la luz, como la vida que compenetra, y alimenta, y sostiene á todos los seres. La sucesion de las ideas no ha sido mera sucesion de abstracciones, de fantasmas, sin realidad y sin forma. La sucesion de las ideas ha sido como la trama de la vida humana en la historia. Sobre la corriente de los hechos ha fluido la corriente de las ideas, como sobre todos los fenómenos terrestres se

extiende la atmósfera. Cuando estudiáis la filosofía estudiáis lo esencial á cada época. El hecho es un accidente. La idea nos dá lo universal en la conciencia y en la vida. Las leyes, independientes de toda condicion y circunstancia, las leyes así de la Naturaleza como del espíritu, no pueden ser conocidas sino por la idea, ni formuladas sino por series de ideas. En cada sér brilla esta alma que es su invisible resplandor. Las cosas mismas no llegan á nuestro entendimiento sino por medio de las ideas. ¿Qué sería de la vida, de sus relaciones con el universo, de sus relaciones con la historia, sino tuviéramos lo ideal? Así los movimientos sociales, ántes que todo y sobre todo, se rigen por ideas, como el movimiento cosmológico se rige por fuerzas. Y nunca, nunca hubiera brotado la República en Francia con tanta espontaneidad sino hubiera sido preparada por una gran literatura.

«Permítame el lector reproducir aquí las observaciones que he escrito en otra parte sobre la moderna literatura francesa. La literatura contemporanea francesa ha sido la literatura de los conversos. Han abundado en este siglo las almas artísticas, esas almas canoras, destinadas, sino á producir, á propagar el pensamiento, á evangelizar las generaciones; almas que cantan porque sienten, y que sienten resonar así la voz del humano espíritu como la voz del universo material; y heridas, agitadas, convulsas, se exhalan por fuerza en cánticos, que suelen ser como el himno de lo porvenir, como el crepúsculo de las nuevas edades.»

«Entre estas almas artísticas descollaban tres: el alma de Lamartine, el alma de Víctor Hugo, el alma de Lamennais. Pues las tres grandes almas, que bastarian por sí solas á honrar todo un siglo, tuvieron su nido en los altares, en los panteones de lo antiguo, en la ogiva gótica, en el sepulcro del caballero cruzado, en la cúpula arbolada de la catedral católica por donde las piadosas oraciones aún suben á lo infinito. Lamartine, el poeta de la

espiritual melodía, tan perfecto en las formas como un griego de Pericles; tan melancólico en el fondo, como un místico de la Edad Media, estaba llamado á cantar la elegía sobre la tumba de las sociedades antiguas entre el rumor que forman las ideas muertas en la conciencia, rumor tan poético y tan triste como el rumor de las hojas secas en el bosque. Víctor Hugo, el poeta de lo gigantesco, de lo ciclopeo, de lo sublime; el poeta, que lleva todavía en su frente la volcánica aureola de los antiguos Titanes; despues de sacar con su maza á las piedras de las ruinas dispersas ó enmohecidas por la humedad de las plantas funerarias, todas las chispas de poesía guardadas en sus moléculas, íbase ¡él! que ante todo y sobre todo es una energía, una voluntad, á cantar los loores de aquel César, que tuviera un momento en las garras de sus audaces victorias, el mundo como en peso, y tiñera en sangre los blasones de todos los reyes, y deslumbrara con su genio relampagueante los ojos de todos los pueblos.»

«Lamennais estaba con lo pasado más comprometido todavía que Lamartine y Víctor Hugo, porque Lamennais era sacerdote. Sus rodillas habian mellado las gradas de los altares; sus manos plegadas, cruzadas siempre, se habian cogido al velo del santuario como el niño lloroso y asustado al traje de su madre. Él no quería ver otra luz que la luz de las lámparas ardiendo bajo las bóvedas sagradas, ni oír otra armonía que el órgano y el cántico litúrgico, llenando de fe y de esperanza los corazones místicos. Breton, criado en aquella regiones de costas agrias y de mares tempestuosos, el mugido de las selvas drúidicas mezclado al mugido de las olas hirvientes, le daban acentos rudos para cantar al implacable Dios del castigo y de la justicia, reclamado por el siglo de la glacial indiferencia en religion y en moral, por el siglo de la empedernida protervia. Todo le cautivaba en el catolicismo: la autoridad absoluta, la sumision completa, la gerarquía aristocrática, el genio

tradicional é histórico, la materia sometida al espíritu, los reyes á los profetas, el mundo al papa, que en magistratura moral y religiosa convirtió la antigua magistratura de los Césares, sobre la tierra sumisa y obediente. De suerte que los tres grandes artistas de Francia: Víctor Hugo, Lamartine, Lamennais, eran napoleónico el primero, legitimista el segundo, y el último ultramontano. Podía decirse que vegetacion tan exuberante, flora tan rica, aparecía como vegetacion, y flora de los sepulcros, sólo propia á dar frutos llenos de cenizas sobre los hosarios y para los muertos.»

«Mas el viento del siglo penetró en aquella selva petrificada llevándole su vida y su calor. A su vez, Lamartine fué á Oriente y tuvo, como los profetas, revelaciones misteriosas en el desierto. Las monótonas y uniformes soledades revelaron á su genio la unidad del espíritu humano como á Moisés y á Mahoma la unidad de Dios. Y desde el momento en que aprende el hombre la unidad del espíritu humano, aprende también la unidad fundamental del derecho. Así, cuando Lamartine ve dibujarse en los horizontes caldeados de Tierra Santa la Jerusalem, que él habia querido buscar con la fe de los antiguos cruzados, llevaba ya el mordisco de la duda en el corazón; y solo vió en la ciudad, no el templo vivo de un Dios adorado, sino el gigantesco fósil, organismo de una vida legada en herencia á otras regiones, á otros mundos, á otros organismos, ya más progresivos y perfectos. Sus labios no besaron el sepulcro del Cristo muerto de la leyenda, mecido por los cantos litúrgicos de los sacerdocios gerárquicos, sino el sepulcro del Cristo resucitado por el espíritu moderno, vivo en las instituciones libres, que daba ideas sociales en comunión universal á las democracias emancipadas. Y á la luz de esta trasfiguración de su genio, como si él mismo se resistiese á crearla, cogió la pluma para maldecir la revolución francesa, que persiguiera y dispersara su familia, buscando en los crímenes de aquella época fraguas para

forjar de nuevo su antigua fe; y mientras la voluntad tiraba á escribir la elegía sobre los cadalsos de los sacerdotes y de los reyes, la conciencia le dictaba un cántico á los principios regeneradores, á los pueblos emancipados, á los filósofos que presentían el nuevo Verbo, á los oradores que lo hablaban, á los legionarios que morían como los griegos de las Termópilas, á los cánticos del pueblo en que renacía la virtud creadora de la antigua oda pindárica, á los mártires de la libertad humana; encubriéndose á sus ojos los crímenes de la revolución universal entre los rosados vapores de las ideas como en la tragedia antigua se pierden, se desvanecen los horrores entre las estrofas del coro que eleva un cántico eterno de amor y de esperanza. Por estas transformaciones el poeta legitimista contribuyó á derribar un trono y á fundar una República; pero, sobre todo, á poner como de relieve la democracia en la conciencia de un siglo.»

«Iguales transformaciones sufrieron Víctor Hugo y Lamennais. Aquel que habia contribuido á exaltar la epopeya napoleónica, por sentimientos aprendidos en la educación primero, y despues por su guerrera grandeza; sorprendido en la cima de la tribuna, y en la plenitud del genio, de la gloria por una revolución, llena y henchida de ideas, consagróse á ser el defensor de la República, de la libertad, de la democracia en sus obras, y el incansable perseguidor de la restauración imperial. Jamás la poesía flageló tan duramente el despotismo. Los tiranos de Babilonia y de Nínive; los reyes idólatras que elevaban sus efigies en los altares consagrados á los dioses, no fueron maldecidos por los antiguos profetas como el tirano de Francia por el genio más grande y más varonil que en el siglo presente ha producido Francia. Desde la ironía hasta la invectiva; desde la sátira hasta la epopeya; desde el epígrama punzante hasta la lírica oda, todo fué empleado con severa implacable justicia para perseguir al asesino de la Repú-

blica, atormentado por estas obras del genio como el griego parricida por las furiosas Eumenides. El dictador lanzó sus legiones pretorianas sobre la libertad y la democracia; pero Víctor Hugo lanzó su inspiración sobre el dictador, y lo marcó severamente con el fuego de sus eternas ideas y el hierro de la sátira en el corazón y en el hígado, en el nombre y en la conciencia. Estos inmortales versos engendran prontamente una juventud dispuesta á jurar odio inextinguible á la tiranía. Durante todo el Imperio, los jóvenes se recitaban al oído, en las escuelas, sigilosa, pero entusiastamente, los versos del poeta, y se decían que las abejas del manto imperial, esos insectos del trabajo y de la miel incrustados allí para adornar y enaltecer al vulgar hombre de la guerra y de la sangre, despertaríanse al calor de la vergüenza, y clavarían sus aguijones en el cuerpo imperial hasta devorarlo y consumirlo en el trono, como devoran y consumen el cuerpo del zángano en la colmena. Tácito y Juvenal escribieron también contra la corrupción de la tiranía; pero no lograron como Víctor Hugo ver en tierra á los tiranos, porque ni las generaciones eran tan libres como las generaciones presentes, ni las ideas entonces tan poderosas como son hoy nuestras ideas.»

«Parecía que el escritor menos destinado á cambiar de todos los escritores era el sacerdote Lamennais. Sus ojos se habian fijado en el polo inmóvil de la idea de Dios. Allí, por la mística luz donde su alma se bañaba, podían verse los arquetipos eternos del universo; podía oírse la música de los mundos al girar sobre sus ejes en lo infinito, mezclada con el himno, con el hosanna de los ángeles; pero no podían verse ni los vapores ni los remolinos de polvo que se levantaban de los hechos diarios; no podían oírse los huracanes que rafagueaban ruidosamente en el hervor de nuestras pasiones. Del templo al bosque, del bosque al mar, del mar á la predicación, del trabajo de escritor al cenáculo de los discípulos, del cená-